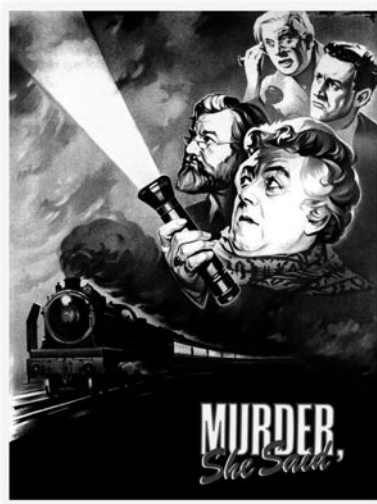


ENSAYO DE CORDELIA

Lady Detective

De Kate Warne a Jessica Fletcher.
Las primeras investigadoras del crimen
en la realidad y la ficción



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José A. Bonilla, 2025

Prólogo: © Sheila Queral, 2026

Cubierta: © Raúl Arias, 2025



Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

IBIC: DSBH | Tema: DSBH

ISBN: 979-13-87599-33-1

Depósito legal: M-2555-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lady Detective

De Kate Warne a Jessica Fletcher.
Las primeras investigadoras del crimen
en la realidad y la ficción

José A. Bonilla






Diana Rigg interpretó entre 1965 y 1968 a la detective Emma Peel en la serie de televisión británica *Los Vengadores*.

Índice

<i>Prólogo</i> , por la Dra. Sheila Queralt	13
LADY DETECTIVE	17
Presentación. «La mujer»	19
Kate Warne, la primera mujer detective	27
a. La Trama Baltimore	32
b. Kate Warne en la ficción	37
<i>The Pinks</i>	39
Mary E. Holland, <i>Lady Fingerprint</i>	47
Alice Stebbins Wells, la primera mujer policía... con poderes oficiales para arrestar	53
Alice Clement, la detective del collar de perlas	59
Otras mujeres anónimas que hicieron historia como defensoras de la ley	67
Mrs. Holmes	75
Maud West, la primera detective inglesa	87
Rose Mackenberg, detective paranormal	95
Lady Bond: Rajani Pandit, la primera detective de India	101
Mujeres detective en España	105
a. La primera detective española con licencia	112
b. Mercedes Romera, licencia número 92	114

El caso Fernandito. Las primeras mujeres policía en España	115
Las primeras... en la literatura	119
Y llegó Miss Marple: «La gente es igual en todas partes»	131
El caso español	135
Damas contra el crimen en la pantalla	141
a. Las detectives católicas	147
b. <i>Se ha escrito un crimen</i>	156
Mujeres detectives y cómics	159
Las detectives del siglo XXI	167
Bibliografía	175
Agradecimientos	181



Nada es imposible, la propia palabra lo dice: «Puedo hacerlo».

AUDREY HEPBURN

Tremenda cantidad de talento se está perdiendo en nuestra sociedad solo porque ese talento viste falda.

SHIRLEY CHISHOLM

La pregunta no es quién me lo va a permitir, es quién va a detenerme.

AYN RAND

Solo hay una verdad.

SHINICHI KUDO

ONNELL

ESTY
ISE

O'DONNELL

PLAYING
THIS ONE
FOR KEEPS
ARE WE,
PRINCESS?

THEY PEDDLE
DRUGS...





WHAT WE GOT



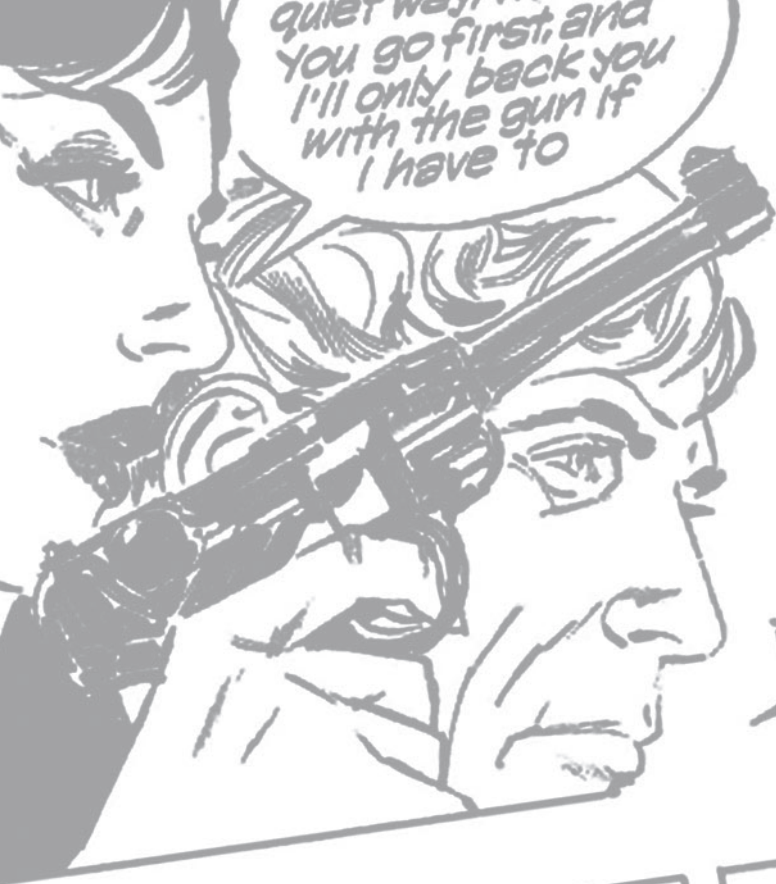
...THAT'S SLOW MURDER

RIGHT THEN — WE SIGN 'EM OFF, WEIGHT 'EM, AND LAUNCH 'EM

LET'S 'OPE IT'S NOT TOO FAR — WE'RE IN FOR A LONG NIGHT, CARRYING 'EM OUT FEET FIRST

WE CAN'T COMPLAIN — YOU'D HAVE A JOB FINDING A BETTER SET-UP

LET'S



quiet way,
you go first, and
I'll only back you
with the gun if
I have to



**HOLD
IT!**

SURE... WE DON'T
WANT ANY MORE
**SHOOTIN', DO
WE?**



UHH!

**AT WILLIE'S
WORDS,**

Prólogo

por la Dra. Sheila Queralt

QUERIDO LECTOR, querida lectora:

¿Alguna vez te has sumergido en una historia pensando que conocías el terreno y, de repente, un personaje, una pista, o una frase te sorprende, obligándote a replantearte todo lo que creías saber? Esa es la sensación que nos brindan las páginas de *Lady Detective*, un libro donde, entre mujeres con gabardinas, disfraces y miradas perspicaces, se esconden historias tan auténticas que parecen sacadas de la vida misma, quizá porque lo están.

Cuando el autor me invitó a escribir el prólogo, sentí que me ofrecía la oportunidad de compartir páginas con figuras legendarias que, con disimulo y maestría, demostraron que el talento no entiende de género. ¿Quién hubiera imaginado que detrás de un simple anuncio en un periódico de Chicago aparecería Kate Warne, la primera mujer detective de Estados Unidos? Sin duda, una pionera en el sentido más puro de la palabra. Kate no solo abrió el camino, sino que también rompió con el paradigma, demostró que una mujer no entraba en la oficina de Pinkerton para teclear cartas o archivar papeles; entraba para infiltrarse, disfrazarse y exponer verdades ocultas. Sí, ella veía lo que otros no veían, como todo buen detective.

Aquí, en estas páginas, nos encontramos con mujeres que, entre tacones, vestidos de noche y ametralladoras, decidieron saltarse las reglas de su tiempo y enfrentarse a lo que entonces parecía imposible. Como lingüista forense, sé que detrás de cada palabra hay una intención, un matiz que puede revelar más de lo que a simple vista parece. Las detectives de este libro también manejaban la lengua como quien desenreda una madeja: sabían que cada frase y cada pausa era una hebra más en el tejido de un misterio. Es fácil imaginar la extraña mezcla de admiración y desdén que provocaban entre sus compañeros masculinos, y no porque no fueran capaces (de eso sobran pruebas), sino porque, en un mundo de detectives, sus talentos y su determinación dejaron huella. Así que permíteme decirlo: «¡Menudas maestras de su tiempo, virtuosas de la astucia y la intuición!».

Es fascinante pensar que estas mujeres se las ingeniaban para entrar y salir de situaciones peligrosas con una elegancia que muchos podrían considerar el preludio de lo que hoy llamamos *multitasking*. Porque, al igual que ellas, quienes nos dedicamos al análisis forense en el ámbito de las palabras sabemos que el reto está en captar lo que otros no ven: en una frase mal colocada, en un tono disonante, o en un silencio que, de forma inesperada, lo dice todo.

Como mujer «detective de las palabras» me siento inevitablemente en deuda con estas pioneras que, en tiempos mucho más restrictivos, abrieron caminos y demostraron el valor de la inteligencia femenina en ámbitos considerados exclusivamente masculinos. Si hoy puedo recorrer las frases en busca de la verdad y trabajar en mi especialidad sin encontrar obstáculos por mi género, es, en gran parte, gracias al valor y la determinación de mujeres como Kate Warne o Maude West. Ellas transformaron cada reto en una oportunidad, y su esfuerzo se convirtió en un puente que permitió a otras generaciones, incluida la mía, dedicarse a la investigación con el respeto y la consideración que ellas mismas se ganaron con tanto esfuerzo. La palabra —mi herramienta diaria— ya no necesita disfraz ni justificación. Puedo ejercer mi vocación libremente, en un campo donde el talento y la preparación pesan más que los prejuicios, algo que en su tiempo parecía un sueño inalcanzable. Como bien expone el libro, no se trata solo de historias de detectives, sino de la reivindi-

cación de la inteligencia femenina en todo su esplendor, en una época en la que esa inteligencia era subestimada y, sin embargo, podía resolver casos que ningún otro hombre podía ni soñar. Desde Kate Warne hasta Alice Clement, quienes prefirieron las evidencias a las modas y la lógica a los prejuicios, cada una de estas mujeres desafió la idea de que ciertos trabajos eran cosa de hombres. Kate, por ejemplo, fue capaz de infiltrarse en fiestas de la alta sociedad, con acento del sur y todo, para recabar información sensible en plena Guerra Civil americana. No solo estaba jugando a ser detective; estaba, como quien dice, estableciendo las bases para las generaciones futuras. Imagino que, entre corsés y sombreros, su mente bullía de ideas para nuevos casos, disfraces y maneras de burlar a quienes la subestimaban por ser mujer.

Es inevitable no pensar en lo mucho que me recuerda esto al trabajo que llevo en el campo de la lingüística forense, aunque en mi caso los misterios a resolver están en las palabras. Cada frase, cada discurso, tiene un trasfondo que debe ser desentrañado, al igual que cada detalle en una investigación criminal. Quizá esa sea una de las razones por las que, al leer *Lady Detective*, me siento como si compartiera con estas mujeres el privilegio de encontrar en el lenguaje algo que pocos perciben. Porque, en el fondo, ellas leían a las personas y a las situaciones de la misma manera en que un lingüista forense lee entre líneas, buscando esas pequeñas pistas que son clave para resolver el enigma.

Y lo mejor de todo es que este libro no solo explora el mundo de las detectives de la vida real, sino que también rinde homenaje a las grandes detectives de ficción, que, con sus dotes deductivas, nos recordaron que la astucia y el intelecto femenino pueden rivalizar con el de cualquier hombre. *Lady Detective* nos muestra cómo personajes como Miss Marple, o incluso la entrañable Jessica Fletcher, nos enseñaron que una mujer podía ser una fuerza imparable en la investigación. Estas damas lograron algo maravilloso: convirtieron su inteligencia en su arma más poderosa y la empatía en su mejor herramienta de trabajo. Así que, querido lector, si este libro está en tus manos, te aviso: prepárate para un viaje único. Aquí no solo vas a leer sobre detectives, sino que, en cierto modo, te vas a convertir en uno de ellos. Disfruta cada página, cada historia,

cada pista, como lo haría un verdadero investigador, recordando siempre que, en la vida y en la literatura, la verdad se esconde en los detalles. Porque, al final, no hay mejor detective que aquel que, como lector, va encontrando en cada línea la astucia y el valor de quienes, sin más armas que su ingenio, lograron resolver lo que para otros parecía imposible.

Aquí comienza la aventura. Que estas damas detectives te guíen y te inspiren, porque, como bien demostraron ellas, a veces los mejores detectives son los que parecen más invisibles.

Lady Detective

De Kate Warne a Jessica Fletcher.
Las primeras investigadoras del crimen
en la realidad y la ficción



Presentación

«La mujer»

ANTES DE INICIAR nuestro periplo por la historia de las primeras detectives y policías de la historia, permítanme que les hable de «la mujer». Ella no es una detective, ni tan siquiera se trata de un personaje real y, sin embargo, sean estas mis primeras palabras para ella, pues creo que es necesario un evidente reconocimiento para una de las escasas personas que fueron capaces de vencer al mismísimo Sherlock Holmes, el mejor detective consultor de toda la historia de la literatura, en su propio terreno e impidiéndole concluir satisfactoriamente uno de sus casos. Y la firme evidencia de esa inteligencia femenina que tanto se denosta todavía.

Porque esa a la que Holmes se referiría a partir de su encuentro en el relato «Un escándalo en Bohemia» como «la mujer», fue capaz de dismantlar el entramado mental del detective y avanzar a él en una partida de ajedrez invisible de la que salió victoriosa, dejando una astilla de enamoramiento —o de aprecio y reconocimiento— hacia su persona.

Y esa mujer a la que nos referimos es, por supuesto, Irene Adler.

Es curioso que un personaje con tan poca presencia en los relatos escritos por Arthur Conan Doyle tuviera una trayectoria que, incluso en la actualidad,



Ilustración de Sidney Paget con Irene Adler para «Un escándalo en Bohemia».

cuando vuelven a realizarse pastiches, series o películas vinculadas al detective, sea tan relevante. En muchos casos se ha enfatizado la inteligencia, la manipulación psicológica —véase el primer capítulo de la temporada 2 de la serie *Sherlock* (2012) titulado «Un escándalo en Belgravia», donde Adler es interpretada de manera soberbia por Lara Pulver— o el desarrollo del personaje más allá de lo descrito por Doyle, pero eso es por la huella plasmada, tanto en el lector como en el famoso y reconocido asesor. Lo dejó bien claro su amigo el doctor Watson con estas frases del relato al que nos referimos, aparecido en la recopilación «Las aventuras de Sherlock Holmes»:

«Y así fue como se evitó un gran escándalo que pudo haber afectado al reino de Bohemia, y cómo los planes más perfectos de Sherlock Holmes se vieron derrotados por el ingenio de una mujer. Él solía hacer bromas acerca de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no le he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler o menciona su fotografía, es siempre con el honroso título de la mujer».

Pero ¿quién era Irene Adler? Si indagamos en los relatos de Doyle, Irene nació en Nueva Jersey en 1858. Era cantante lírica e hizo su carrera como contralto, actuando en la mismísima Scala de Milán. A punto de cumplir los treinta se retiró y se instaló en Londres. El doctor Watson hace referencia a ella por primera vez en «Escándalo en Bohemia» y la menciona como «la fallecida Irene Adler», aunque no queda claro si realmente muriera a consecuencia de problemas de salud o bien «Late», el adjetivo que se utiliza en el inglés original, se refería a otra acepción de la palabra. Sea como fuere, de lo que sí se tiene constancia es de que estaba casada con Godfrey Norton, lo que indica que Adler era su apellido de soltera.



Lara Pulver interpretando a Irene Adler en la serie *Sherlock*. [BBC, 2012. Primer episodio, segunda temporada].

En el relato de Doyle al que hemos hecho mención, el rey de Bohemia se presenta de incógnito en el 221B de Baker Street un 20 de marzo de 1888 para ver a Sherlock Holmes y pedirle que recupere una fotografía que se encuentra en poder de Irene Adler. La instantánea había sido tomada durante una visita a Varsovia mientras el rey vivía en Praga. En Varsovia tuvo la oportunidad de conocer a Adler, se hicieron amantes, y ella guardó una fotografía de ambos juntos. Por desgracia, el rey de Bohemia está a punto de contraer nupcias y aquello podría irse al traste si la fotografía viese la luz.

Holmes acepta el caso e investiga a Adler, ideando una estratagema: un pequeño teatrillo en el que, con un par de hombres contratados, simulará un accidente y, disfrazado de anciano clérigo, hará lo posible por entrar en la casa de Adler. Watson, mientras tanto, encenderá un cohete de humo y alertará de que la

casa de Irene empieza a arder. La idea preconcebida de Holmes es que una mujer, en una situación así, iría hacia su posesión más preciada para salvarla —en este caso la foto junto al rey— pero, si bien es cierto que eso sucede, la mujer averiguará «la trampa» en la que ha caído justo antes de sacar la instantánea de su escondrijo. Cuando Holmes y Watson regresan a casa, satisfechos por haber descubierto dónde se encuentra la fotografía, un hombre joven, delgado, ataviado con un abrigo Ulster, les saluda con apagada melancolía: «Buenas noches, míster Sherlock Holmes». El famoso detective asesor siente que algo anda mal, pero no será hasta el día siguiente, al regresar a la casa de Irene y ser recibido por una de las asistentes, que descubrirán que la mujer se ha marchado junto a su marido y que Holmes ha sido vencido por la inteligencia analítica de su contrincante. Al ir corriendo a buscar la fotografía en el lugar que delató el día anterior Irene, Sherlock encuentra una carta de esta y otra fotografía, una de ella misma luciendo un

precioso vestido de noche. En la carta le revela que sospechó de la alarma de fuego infundada y que ello la puso sobre aviso al darse cuenta de que había anunciado ingenuamente el lugar donde guardaba su secreto, pero, aun así, dudó que un anciano clérigo quisiera engañarla, así que, todavía con alguna esperanza de equivocarse, se puso ropas masculinas y le siguió para comprobar que en realidad había estado a punto de caer en la trampa del famoso detective Sherlock Holmes. En la carta también le confiesa que jamás utilizará su fotografía con el rey, pues está casada con un hombre mejor que él, aunque decide mantenerla a buen recaudo para su seguridad personal y, a cambio, le deja en sus manos una instantánea suya, que quizá le agrade conservar como recuerdo.

Holmes se lamenta de no haber descubierto que el joven que se cruzó con ellos la noche anterior había sido la propia Irene Adler disfrazada, siguiéndoles para descubrir la trama urdida por el detective. Cuan-



Irene Adler, vestida de hombre sigue a un extraño clérigo que se parece a Holmes.

do el rey, mucho más tranquilo, se ofrece a recompensar a Sherlock con el anillo de oro y esmeraldas con forma de serpiente que lleva en su mano, el detective le pedirá algo mucho más sencillo e importante para él: la fotografía de Irene Norton, o Irene Adler, instantánea que conservará para siempre.

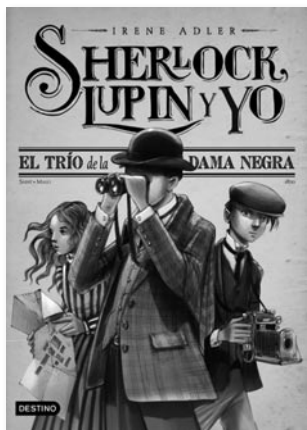
Así finaliza el relato, uno de los más carismáticos y recordados para los aficionados al canon del detective. Y es que el hecho de pedir como recompensa a su fracaso aquella fotografía de Irene hizo pensar a algunos entendidos que los sentimientos del detective londinense por aquella mujer iban más allá de la simple admiración, dando lugar a relatos, pastiches, series y películas, donde su personaje ha ido adquiriendo diferentes estados y visiones. Incluso existe la creencia de que, durante «el gran hiato» en la vida del detective consultor, Holmes y Adler se casaron en Montenegro, divorciándose meses más tarde. Todo ello no son más que conjeturas, elucubraciones, deseos de que un solitario sociópata como Holmes pudiera tener una vida más cercana a la realidad que la de la mayoría de los lectores, y que fuera, en definitiva, más... humano.

En el recopilatorio *Las aventuras de Sherlock Holmes*, a Irene Adler se la menciona o recuerda en los relatos «Escándalo en Bohemia», «Un caso de identidad» y «La aventura del carbunco azul». Múltiples veces se ha hecho referencia a ella en el manga y el anime de *Detective Conan*, e incluso aparece en la sexta película de la serie: *El fantasma de Baker Street*. También es relevante su presencia en las dos películas sobre el detective dirigidas por Guy Ritchie en la que Irene es interpretada por Rachel McAdams, o la fantástica interpretación —en este caso Adler es una experta dominatrix— de Lara Pulver en la mencionada serie *Sherlock* de la BBC. Y existe una serie de



Rachel McAdams como Irene Adler en *Sherlock Holmes. Juego de sombras* (2011), de Guy Ritchie. [© Warner Bros].

libros juveniles titulada *Sherlock, Lupin y yo* (Editorial Planeta) en la que es la protagonista. Como curiosidad, el asteroide (46722) Ireneadler, perteneciente al cinturón de asteroides que se encuentra entre las órbitas de Marte y Júpiter, recibe ese nombre en su honor.



Cubierta de la serie *Sherlock, Lupin y yo*.

Se ha comentado muchas veces que Holmes podría ser un ser misógino por naturaleza, como también Henry Miller lo era porque necesitaba a las mujeres y las odiaba por su terrible dependencia de ellas. No obstante, quizás Holmes no lo fuera tanto, pues en «La aventura de la melena de león», describe a la señorita Maud Bellamy de la siguiente forma: «Rara vez me he sentido atraído por una mujer, pero al contemplar aquel rostro perfecto, delicadamente coloreado con la suave frescura de las Downs, supe...». Y eso, como bien dice Javier Casis en un artículo de la revista digital *Zenda*, no es algo que suela salir de la boca de un misógino. Quizás Sherlock, arrastrado por el sexismo imperante

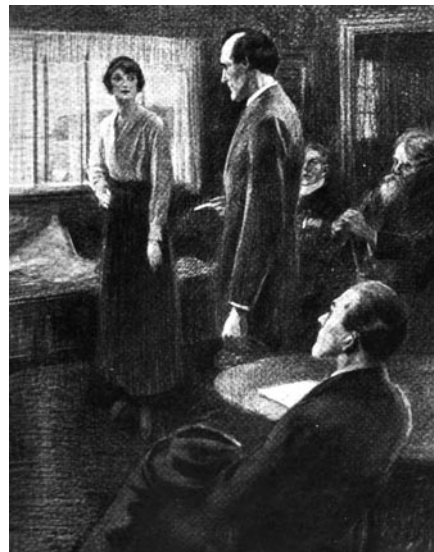
en la época victoriana —creía que las mujeres, aunque era algo que también lo creía de la inmensa mayoría de los hombres, se encontraban a un nivel intelectual muy inferior al suyo—, al conocer a Irene Adler se quedara prendado de la posibilidad de que existieran en su tiempo mujeres con una capacidad intelectual o de análisis semejante a la suya, capaces de ganarle en su particular juego detectivesco. Una especie de machismo intelectual que Irene Adler borró de golpe, demostrando el potencial femenino que los hombres impedían liberar, sometidas a los condicionantes sociales dominantes del siglo XIX.

Y es por eso que en este libro hablaremos de esas mujeres que, como Adler, se rebelaron contra la sociedad de la época, convirtiéndose, a base de esfuerzo y constancia, en las primeras detectives o policías en luchar contra el crimen. O en valerosas espías que, patrióticamente, hicieron todo lo posible por su país utilizando su inteligencia, sus dotes de deducción y de observación, introduciéndose en lugares donde sus compañeros masculinos no podían, valiéndose de esa «invisibilidad» que les otorgaba una sociedad tremendamente patriarcal, misógina e hipócrita en la que el canon establecido ordenaba que su fun-

ción principal debía ser la de una respetuosa esposa, encargada del hogar y el cuidado de los hijos.

En las siguientes páginas veremos que, afortunadamente, hubo mujeres que se enfrentaron a esa generalidad establecida y aceptada, demostrando su valía y su entereza, con dificultad y mucha perseverancia. Tendremos la oportunidad de conocer a la primera detective de la historia y a las agentes a las que instruyó —las Pinks—, espías que ayudaron en la Guerra de Secesión americana a decantar la balanza hacia el lado Unionista; a las detectives victorianas, algunas de las cuales hubieran podido medirse cara a cara con el propio Sherlock Holmes... o a Miss Marple, y conoceremos muchos de sus secretos y de sus casos más famosos. Haremos un recorrido desde una punta a la otra del mundo para, finalmente, recalar en las primeras detectives españolas y en las dificultades que también encontraron a la hora de realizar un trabajo considerado de hombres, aun desde la visión de las propias mujeres de la época que les tocó vivir. No nos olvidaremos tampoco de las detectives de ficción, aquellas que siguen y seguirán teniendo en la literatura, el cine y la televisión, un gran número de seguidores, y que, en muchas más ocasiones de las que uno se imagina, se hallan inspiradas en la vida real. Por último, otearemos el futuro y mostraremos cómo ha cambiado la perspectiva de las nuevas *lady detective* que se dedican a la persecución de delitos, aunque sea de formas mucho más sutiles, científicas y sofisticadas que antaño, pero con la misma perseverancia, fuerza y firmeza.

Así pues, que empiece el juego.



Maud Bellamy ante Holmes en un dibujo de Sidney Paget para «La aventura de la melena del león» publicado en *The Strand Magazine*.



La detective pionera Kate Warne vestida de mujer.

Kate Warne, la primera mujer detective



Kate Warne con el uniforme de soldado de la Unión.

EN UNA ÉPOCA en la que la mujer ni siquiera podía ejercer su derecho al voto y no se había abolido la esclavitud, Kate Warne, una joven viuda, tendría el honor de convertirse en la primera mujer detective de Estados Unidos y de la historia. Lo logró gracias a su gran valía y al instinto profesional de Allan Pinkerton.

Pinkerton había sido uno de los numerosos inmigrantes llegados a América en busca de una nueva vida y fortuna. Originario de Glasgow, se estableció inicialmente en Nueva Escocia y, más tarde, en Chicago, donde comenzó a trabajar en una destilería como fabricante de barriles. En cierta ocasión, mientras buscaba madera, encontró los restos de un campamento en un lugar que, se suponía, debía estar deshabitado. Ligó cabos y lo relacionó con un grupo de falsificadores de moneda que operaban en la zona. Pinkerton avisó al *sheriff* y aquella misma noche atraparon en una batida a todos los miembros del grupo, excepto al líder, que cayó en manos de Pinkerton poco después, ya que este no cejó en su empeño hasta encontrarlo. La historia del arresto de la banda se extendió entre los comerciantes y convirtió a Pinkerton en poco menos que un héroe. En 1848 fue nombra-

do ayudante del *sheriff* del condado de Cook y en tan solo un año superó el mayor número de detenciones por robos y asesinatos realizado en Chicago por miembros



Allan Pinkerton a caballo visita un campamento militar durante la guerra de Secesión.

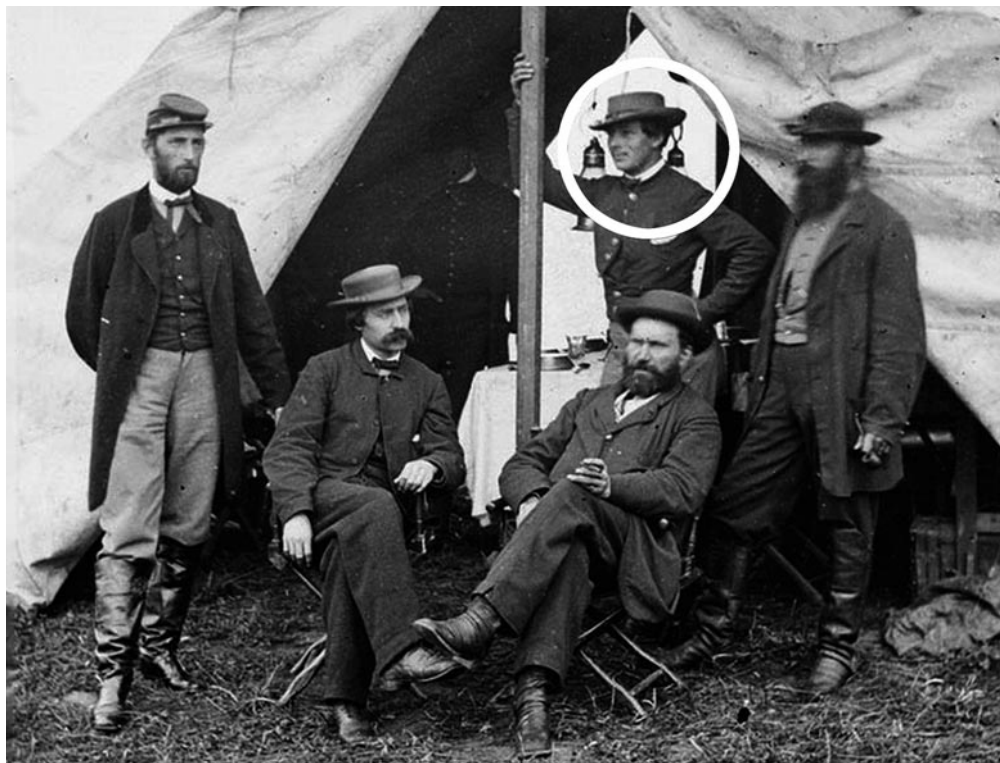
del Cuerpo con mucha más experiencia que él. En 1850 Pinkerton decidió convertirse en agente privado y se asoció con Edward Rucker, con quien formó la North-Western Police Agency, sociedad que no prosperó. Hasta asociarse con su hermano Robert, quien desde 1843 tenía su propio negocio de contratista ferroviario, su sueño no se convertiría en realidad a través de la Pinkerton National Detective Agency, primera agencia de detectives privados del mundo.

Pinkerton era un hombre íntegro y valiente, lo que se demostró en el código de obligado cumplimiento que confeccionó para todos los miembros de la agencia: no se podían

aceptar sobornos, ni transigir nunca con los delincuentes, siempre debían asociarse con organismos responsables de cumplir la ley, debían rechazar aquellos casos que pudieran generar escándalos, mantener a los clientes informados y nunca incrementar los honorarios sin previo aviso. Además, sus agentes no podían ser adictos al juego, la bebida, las apuestas o el tabaco y debían alejarse de los bajos fondos a no ser por motivo de una investigación. También se les obligaba a no hablar ni escribir de forma vulgar.

En 1856 la agencia ya era muy conocida en Chicago y en gran parte de Estados Unidos. Fue entonces cuando, en respuesta a un breve anuncio en un diario local, la joven Kate Warne se presentó en las oficinas de los Pinkerton con una propuesta que rompía los esquemas de su tiempo.

Lo más irónico de la biografía de Kate Warne es que su vida tan solo parece conocerse a partir de su llegada a la agencia, por lo que los años anteriores a ese suceso están envueltos en misterio. Según los datos que se conocen, nació en 1830 —o en 1833, según otras fuentes— en Erin, un pequeño pueblo del condado de



Kate Warne (círculo blanco) de pie tras Allan Pinkerton, que fuma un puro.

Chemung, en Nueva York. Perteneía a una modesta familia con problemas económicos, integrada por sus padres, Israel y Elisabeth Hulbert, y un hermano. Quería ser actriz, pero se topó con la oposición paterna. Se casó —de su marido tomó el apellido de Warne—, enviudó y a principios de 1856, a los 23 —o 26 años, según la fecha de nacimiento que se tome como real—, decidió contestar al anuncio insertado por la Agencia Pinkerton en uno de los diarios locales de Chicago.

Allan Pinkerton la definió de esta manera en su libro *The Spy of the Rebellion* (1883):

«...Era una persona dominante, de rasgos claros y expresivos... Una mujer esbelta, de cabello castaño, graciosa en sus movimientos y dueña de sí misma. Sus rasgos, aunque no se les hubiera podido llamar bellos, poseían un arrojito decididamente intelectual... Su rostro era honesto, lo que invitaba a una persona que se encontrara en apuros a elegirla para buscar consuelo en la tristeza o convertirla en su confidente».



La sorpresa del fundador de la agencia debió ser mayúscula cuando, al ir a ofrecerle un contrato como secretaria, Kate le dijo que había respondido al anuncio para ser detective, no para las tareas administrativas. Algo que en la época resultaba poco menos que increíble. Pinkerton le respondió tajante: «¡No es costumbre emplear mujeres detectives!», pero los elocuentes argumentos de la joven Kate le hicieron cambiar de opinión:

«Las mujeres tienen un ojo especial para el detalle y son excelentes observadoras, y pueden ser muy útiles para extraer secretos de lugares a los que los detectives masculinos no tienen acceso simplemente por el mero hecho de ser hombres. Una mujer puede hacerse amiga de mujeres y novias de presuntos delincuentes y ganarse su confianza. Y, además, los hombres se vuelven más arrogantes cuando están con una mujer y eso permite —sobre todo cuando beben— soltarles la lengua fácilmente».

Allan Pinkerton meditó la propuesta de la joven y, pese a las fuertes reticencias de su hermano Robert, la contrató el 23 de agosto de 1856. Según la historia familiar de los Pinkerton, Allan —casado y con hijos— se enamoró de ella, se convirtieron en amantes y viajaron juntos en numerosas ocasiones, provocando algún que otro conflicto cuando su hermano cuestionó algunos de los gastos que ella entregaba a la agencia.

Sea como fuere, Kate Warne acababa de convertirse en la primera mujer detective de Estados Unidos, aunque pronto no sería la única. Muy buena inves-



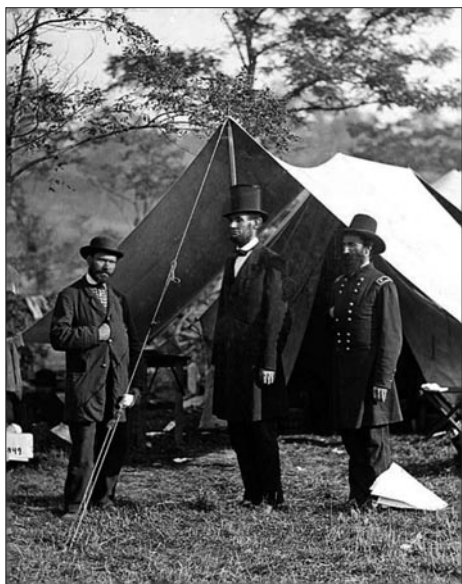
Kate Warne junto al logo de la agencia Pinkerton: «Nosotros nunca dormimos».

tigadora, Warne trabajaba de forma encubierta y se infiltraba en eventos de la alta sociedad sureña para recopilar informaciones que ningún hombre podría haber obtenido. Se disfrazaba, cambiaba de acento a voluntad, y no tardó en convertirse en un gran activo para la agencia. Así pues, Pinkerton decidió integrar a más mujeres en sus filas y en 1860 creó la Female Detective Bureau o *The Pinks*, una nueva unidad en la oficina de Chicago de la que Kate se convirtió en superintendente. Ella fue la primera *Pink Lady* y, según Pinkerton, «la mejor entre las mejores»:

«Era una conversadora brillante cuando estaba tan dispuesta, y podía ser bastante vivaz, pero también entendía esa cualidad más rara entre las mujeres, el arte de estar en silencio».

Uno de los casos más destacados en los que intervino Warne fue el de la malversación de fondos de la Adams Express Company en 1858. El sospechoso principal, el Sr. Maroney, un mensajero de Montgomery, Alabama, parecía haber robado 50 000 dólares de la empresa. Para averiguar la verdad, Warne se ganó la confianza de la esposa de Maroney, consiguiendo pruebas suficientes para llevar a la cárcel a su marido con una condena de diez largos años y además recuperar 39 515 de aquellos dólares malversados.

Otro de los casos en los que Warne demostró sus dotes para disfrazarse e imitar diferentes acentos fue el envenenamiento del capitán Summer a manos de Annie Thayer. Kate se documentó sobre la vida de ambos, se caracterizó de adivina y engatusó a Annie, convenciéndola de que sabía datos de su pasado gracias al poder de su mente. El clima creado entre ella y la sospechosa propició que Thayer se incriminara a sí misma en el intento de asesinato. Fue un nuevo y rotundo éxito para la agencia.



Allan Pinkerton, el presidente Lincoln y el mayor J. A. McClelland en Antietam, Maryland, en octubre de 1862.

Los Pinkerton estuvieron muy involucrados en descubrir secretos durante la Guerra Civil y Kate jugó un papel decisivo. De hecho, Pinkerton hizo que Warne encabezara una subsección de la agencia que más tarde se convertiría en la institución conocida por proteger a las figuras públicas estadounidenses: el servicio secreto. Kate adiestró y capacitó a diferentes agentes para proteger a los líderes políticos más destacados del país durante la Guerra Civil.

LA TRAMA BALTIMORE

A PRINCIPIOS DE 1861, Pinkerton fue contratado por Samuel Felton, presidente del ferrocarril de Philadelphia, Wilmington y Baltimore, para investigar la actividad secesionista en Maryland. Estaba preocupado por las amenazas que había recibido. Pinkerton puso a sus hombres

a trabajar y pronto se dio cuenta de que entre las actividades en Maryland también se incluía un complot de asesinato.

Utilizando los alias Sra. Cherry y Sra. M. Barley, Warne se infiltró en las reuniones sociales secesionistas, como las del elegante Barnum Hotel, haciéndose pasar por una bella y coqueta sureña con un marcado acento del sur. De esa guisa logró descubrir, en menos de dos semanas, que el complot de asesinato

tenía como objetivo a Abraham Lincoln, descubriendo también la hora y el lugar exactos en que se llevaría a cabo: el 3 de febrero de 1861, en Baltimore.

El presidente tenía que viajar desde su casa en Springfield, Illinois, a la capital a través de un recorrido que se detendría en algunas ciudades notables en el camino —entre ellas Harrisburg y Pensilvania— antes de llegar a Washington D.C., donde había de prestar juramento. Debido a la configuración del sistema ferroviario, los trenes que iban en dirección sur tenían que hacer una transferencia en Baltimore, Maryland. La estación en dirección norte terminaba en Calvert Street y la que iba en dirección sur comenzaba en Camden Street. La distancia entre ambas era de aproximadamente una milla, que iba a hacerse en carruaje.

La idea era que cuando el presidente pasara por el estrecho vestíbulo de Calvert Street para entrar en el carruaje se organizara una trifulca, a la que acudirían los pocos policías que debía haber en el Depot, dejando a Lincoln a merced de la turba secesionista. Los asesinos huirían hacia Virginia mediante un pequeño barco a vapor que habían fletado en los arroyos que desembocaban en la bahía de Chesapeake.

Pinkerton fue a hablar con Lincoln en Filadelfia, el 21 de febrero, para explicarle lo que habían averiguado y, tras la insistencia de su esposa —y gracias a que se confirmó el complot por medio de Frederick W. Sewar, hijo del secretario de estado designado—, Lincoln comenzó a creer que quizás su vida sí que estuviera en peligro. Dado que el futuro presidente no tenía intención de cambiar sus planes, se puso bajo la custodia de la agencia Pinkerton con la intención de que lo condujeran sano y salvo a Washington D.C. para la investidura.

Kate Warne, además de averiguar los datos del complot, se encargó personalmente de la mayoría de los arreglos y ajustes para evitar que los secesionistas pudieran llegar hasta el futuro presidente. Uno de ellos fue que, en lugar de



Samuel Morse Felton (1809-1889).

hacer que el presidente se desplazara por las peligrosas calles de Baltimore, tomara un tren de medianoche, directo a la capital, sin detenerse a dar ningún discurso en la ciudad.

El viernes 22 de febrero, siguiendo su agenda, Lincoln comparece en la legislatura estatal de Harrisburg donde dice la famosa frase: «Será mi esfuerzo preservar la paz de este país». A las 11:00 p.m. sale de Harrisburg con dirección a Filadelfia. En lugar de asistir a un baile programado para la noche siguiente, es sacado apresuradamente de la ciudad en un tren especial de la Pennsylvania Railroad hacia Baltimore. Los hombres de Pinkerton se ocupan de que las vías estén despejadas durante todo el trayecto. Warne se había hecho con cuatro literas en el tren con el pretexto de que eran para miembros de su familia, incluido su hermano inválido. Pinkerton, además, hizo interrumpir las líneas telegráficas para evitar cualquier conocimiento por parte de los secesionistas de la desviación del horario de Lincoln.



Retrato de Ward Hill Lamon.

En la estación, Warne accedió al vagón por la parte trasera junto con Pinkerton, Ward Hill Lamon —amigo personal y guardaespaldas autoproclamado de Lincoln— y un presidente electo disfrazado con un abrigo varias tallas más grandes de lo normal —para impedir ver la delgada fisonomía de Lincoln—, una gorra de fieltro suave, un chal y un bastón. El tren partió poco antes de las 11:00 p. m.

El operativo de Pinkerton vigilaba cada cambio, puente y cruce. Tenían órdenes de ir señalando con diferentes destellos y señales que el camino se realizaba sin imprevistos hasta llegar a Baltimore. Así lo hicieron a las 3:30 a.m. del 23 de febrero, horas antes de lo previsto. Y Warne ya había preparado la presencia de un tren expreso, para la ocasión. Se cambiaron los vagones litera, añadiéndolos a una nueva máquina, y se pusieron en marcha, llegando a Washington a las 6:00 a. m. Se dice que Kate Warne no pegó ojo durante

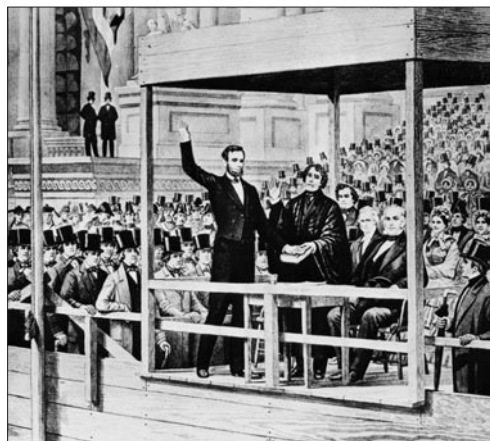
el viaje nocturno de Pennsylvania a Washington D. C. y que Pinkerton sacó de ello el lema de la agencia: *We never sleep* o «Nosotros nunca dormimos». Warne, en su libro de notas sobre todo lo acontecido en la trama Baltimore escribió una divertida descripción de Lincoln:

«...del presidente alto y desgarbado que intenta caber cómodamente en el compartimento del tren para dormir».

Lincoln juró como presidente de Estados Unidos el 4 de marzo de ese mismo año, pero el 12 de abril de 1861 comenzaría la guerra civil estadounidense tras el ataque a Fort Sumter en Carolina del Sur por parte de los Estados Confederados de América. Fue entonces cuando Lincoln pidió a Pinkerton organizar un servicio secreto en la capital, mas el gabinete del presidente tenía otro candidato para ese puesto. No obstante, el general George B. McClellan le pidió a Pinkerton establecer un servicio de inteligencia militar para su mando, y el detective aceptó.

A finales de julio de 1861, Pinkerton había establecido su cuartel general en Cincinnati, Ohio, para seguir la división de McClellan. El detective llevó a Kate Warne con él y ella se convirtió en una fuente inacabable de información al hacerse pasar por una belleza sureña entre las familias de la zona, así como entre la soldadesca local en el semillero del sur, pudiendo así recoger información vital para el Ejército, como dónde se encontraba cada Cuerpo, quiénes eran los comandantes que los lideraban, o la fuerza de artillería de la que disponían.

Kate y Pinkerton se hacían pasar a menudo por matrimonio, accediendo a las numerosas reuniones sociales del sur. El nombre de Kate podía variar desde Kay Warne a Kate Warren, Kay Warren, Kay Warne, Kitty Warne, Kitty Warren, Kittie



Lincoln jura al cargo como decimosexto presidente de Estados Unidos de América.

Warne y Kittie Warren, aunque en todos los documentos del archivo de Pinkerton su nombre quedó registrado y reflejado como Kate Warne.

Poco después, Lincoln pidió a Pinkerton que erradicara a los traidores y espías de sus nidos en Washington D. C. Y el detective organizó la primera red de espionaje aprobada por el gobierno en la historia de Estados Unidos. Kate Warne fue una de las agentes que nunca le falló. Utilizó su conocimiento de la tradición y de la etiqueta del sur para honrar los salones de muchas familias de mentalidad sureña en Washington y en los suburbios de Georgetown. La información que adquirió, los susurros que escuchó, fueron transmitidos directamente a su jefe en el I Street, desde donde operaban.



Lafayette Baker, flanqueado por su primo Luther Byron Bake y Everton J. Conger, planifican la captura del asesino de Lincoln en un grabado publicado por la revista *Harper's Weekly* el 13 de mayo de 1865.

Sin embargo, Lafayette Baker, un espía paranoico de la Unión que veía enemigos confederados detrás de cada esquina, se ganó la confianza del secretario de Guerra e hizo que sus hombres acabaran ocupándose de la unidad oficial de espionaje en Washington, desplazando a Pinkerton, quien abandonó la capital en 1862 y dedicó los siguientes dos años y medio que duró la guerra a rastrear proveedores corruptos.

Hasta su muerte, Allan Pinkerton lamentó no haberse encontrado a cargo de la seguridad del presidente el 14 de abril de 1865, cuando el actor John Wilkes Booth descerrajó una bala en la cabeza de Lincoln. Estaba convencido de que si sus detectives se hubieran ocupado de la situa-

ción Booth nunca habría llegado hasta el palco del Teatro Ford de Washington donde se hallaba sentado el presidente.

Kate Warne siguió investigando muchos casos complicados para la agencia, y supervisando y coordinando la Unidad de Mujeres Detectives, hasta que contrajo una enfermedad persistente, probablemente una neumonía —la lápida de

su tumba indica «congestión de pulmones»—. Murió el 28 de enero de 1868. Como Warne no tenía familiares conocidos, Pinkerton hizo que la enterraran en la parcela de tierra de su familia en el cementerio de Graceland, Chicago, como tributo a sus años de trabajo para la agencia. Además se ocupó, en su testamento, de que el lugar de su entierro nunca fuera perturbado. Lo más curioso es que en su lápida su nombre está mal escrito y consta como «Warn».



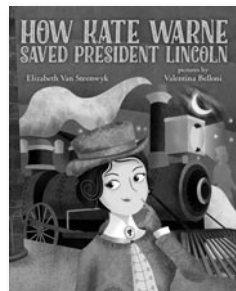
La lápida del medio es la de la tumba de Kate Warne en el cementerio Graceland de Chicago.

Tras la muerte de Pinkerton, sus hijos se hicieron cargo de la agencia, pero la reputación de la empresa cambió, dejaron de unirse a sus filas tantas mujeres y la unidad de *The Pinks* acabó cerrándose. Pese a todo, el legado de Warne y de las otras *Pinks* quedaría registrado para siempre en los anales de la investigación privada y del empoderamiento femenino. Ella era una agente de campo, no se encontraba en las oficinas redactando informes, se convirtió en espía y se infiltró en los lugares más inaccesibles cuando ninguna otra agencia tenía mujeres haciendo algo similar. Ella fue la primera detective de Estados Unidos, quizás la primera mujer detective del mundo moderno, cuando ni tan siquiera en la policía se les permitía el acceso. Un legado innegable para las mujeres que actualmente trabajan en la aplicación de la ley y la seguridad privada.

KATE WARNE EN LA FICCIÓN

SE HAN ESCRITO varios libros rememorando la figura de Kate Warne, sobre todo en Estados Unidos. Aquí se mencionan algunos de los más conocidos:

- ❖ *How Kate Warne Saved President Lincoln: The Story Behind the Nation's First Woman Detective*, Elizabeth Van Steenwyk, ilustrado por Valentina Belloni. Albert Whitman & Co, Illinois, EE. UU., 2016.
- ❖ *Kate Warne - Pinkerton Detective*, Marissa Moss, ilustrado por April Chu. Creston Books, Berkley, EEUU, 2017.
- ❖ *Pinkerton's Belle - Kate Warne, America's First Female Detective*, Eve Stephenson. Autoedición, 2013.
- ❖ *Pinkerton's First Lady-Kate Warne: United States First Female Detective*, John Derring, ilustrado por Jennifer Fitzgerald.
- ❖ *Kate Warne Civil War Spy Series*, serie de libros de Peg A. Lamphier.
- ❖ *The Pinks: The First Women Detectives, Operatives, and Spies with the Pinkerton National Detective Agency*, Chriss Enss.
- ❖ *Better Angels Kate Warne Adventure Original*, Jeff Jensen y George Schall.



Warne aparece también como una joven detective en la serie de Prime Video para televisión canadiense *The Pinkertons*, interpretada por Martha MacIsaac (veintidós episodios emitidos entre 2014 y 2015).

En el episodio 21 de la serie de dibujos animados *Xavier Riddle and the Secret Museum*, Kate Warne aparece como uno de los personajes.

El escocés C. A. Asbrey escribió una serie de seis misterios relacionados con una mujer detective de la Agencia Pinkerton en el siglo XIX. En el primer libro, *The Innocents*, una de las protagonistas, Abigail Mackay, hacía referencia a su adiestramiento por Kate Warne en persona.

En agosto de 2021, *Amazon Studios* adquirió los derechos para filmar una película con Seven Bucks Productions, productora de Dwayne Johnson, con guion de Gustin Nash, y la actriz británica Emily Blunt en el papel de la detective Kate Warne.